La Moralidad en el Humano

¿Que es la moral?

La moral es aquello que le permite al humano distinguir entre lo que considera bueno o malo, correcto o incorrecto, tanto en sus propias acciones como en las de los demás.

¿Como se forma la moral?

Sin embargo, la moral no nace completamente formada dentro del individuo. Tampoco surge únicamente de la sociedad. El ser humano posee la capacidad de sentir aprobación, rechazo, comodidad o incomodidad frente a distintas acciones y situaciones, pero es el entorno en el que vive el que termina moldeando gran parte de aquello que considerará moral o inmoral.

Desde la infancia, el humano aprende costumbres, formas de convivir, maneras de actuar y de percibir a los demás. Poco a poco, estas experiencias terminan formando aquello que llamamos “moral”.

Consideremos el caso de un individuo que, desde la infancia, ha vivido en un entorno donde el uso y el cautiverio de animales forman parte de la vida

cotidiana y son vistos como algo necesario y normal. En consecuencia, este individuo desarrolla una moral donde dichas prácticas no generan rechazo ni culpa, sino que son percibidas como aceptables.

Sin embargo, cuando entra en contacto con personas criadas bajo costumbres diferentes, puede surgir un conflicto moral, donde sus acciones son vistas como crueles o inmorales desde otra forma de pensar y sentir.

¿Por qué existen distintas morales en el ser humano y cuál es la correcta?

La diversidad moral entre los seres humanos puede comprenderse como el resultado de procesos históricos, culturales y sociales diferenciados. Prácticas que en ciertos contextos son consideradas moralmente inapropiadas, en otros son vistas como aceptables o incluso necesarias. Un ejemplo de ello es la regulación del cuerpo femenino en distintas culturas, así como el cambio histórico en la valoración moral de la homosexualidad.

Si bien el ser humano posee una disposición moral innata que le permite experimentar aprobación o rechazo frente a determinadas acciones, los criterios específicos mediante los cuales se emiten estos juicios no son innatos. Estos se adquieren a través del entorno, especialmente en las primeras etapas de la vida, lo que explica la existencia de múltiples sistemas morales dentro de una misma especie.

Surge entonces la pregunta: ¿cómo es posible juzgar la moral de un individuo

si este ha sido formado dentro de un sistema moral previamente establecido? Esta cuestión también da lugar a conflictos contemporáneos entre los seres humanos, en los que una moral predominante en cierta región repudia a la de otra. Sin embargo, resultaría problemático castigar a un individuo por actuar conforme a la moral que ha aprendido, ya que, desde su propia perspectiva, podría a su vez repudiar la moral ajena por no coincidir con la de su entorno cultural.

Por esta razón, no sería posible crear una "moral perfecta" válida para todos, dado que siempre existirá el choque entre culturas, religiones, costumbres y tradiciones.

No obstante, aunque no sea posible establecer una moral universal perfecta, sí resulta viable pensar en una moral universal básica. Esta no se fundamenta en religiones, costumbres o culturas particulares, sino en rasgos esenciales compartidos por todos los seres humanos como miembros de una misma especie.

El ser humano es un ser pensante, lo que implica que no todos razonamos de la misma manera; por ello, la diversidad de opiniones es inevitable. Asimismo, es un ser social que necesita relacionarse y convivir con otros, lo cual exige la existencia de principios mínimos que hagan posible dicha convivencia. Además, el ser humano es un ser profundamente emocional y, dado que una parte significativa de sus acciones está influida por las emociones, surge la necesidad moral de respetar la experiencia emocional del otro, evitando conductas que puedan provocar daños graves.

A esto se suma el hecho de que el ser humano construye su moral durante una infancia prolongada y dependiente, lo que implica una obligación moral básica de cuidado y protección hacia los infantes, tanto en el plano físico como en el

psicológico. Finalmente, el ser humano es consciente de sus impulsos y de sus actos, y posee un alto grado de control sobre ellos, lo que lo hace responsable de sus acciones dentro de una comunidad en la cual debe preservarse, por sobre todo, la convivencia.

Estos principios no constituyen una moral perfecta ni absoluta, sino un mínimo común necesario para la convivencia humana en contextos de diversidad moral.

“¿El humano nace bueno por naturaleza y la sociedad lo corrompe o el humano ya es malo por naturaleza?”

Esta cuestión se apoya en las posturas de dos pensadores fundamentales de la filosofía política y moral. Por un lado, Jean-Jacques Rousseau sostiene que el ser humano nace siendo bueno y que es la sociedad la que lo corrompe; por otro, Thomas Hobbes afirma que el ser humano es malo por naturaleza y que, sin normas, actúa movido por el interés propio y la violencia.

La pregunta «¿el ser humano nace bueno o malo?» plantea así una dicotomía que ha atravesado la historia de la filosofía. Mientras Rousseau afirma la bondad natural del ser humano, Hobbes defiende la necesidad de un orden normativo que contenga sus impulsos destructivos.

No obstante, ambas posiciones parten del supuesto de una moral ya constituida y presente en el ser humano desde su origen. Desde la perspectiva aquí defendida, el ser humano no nace ni bueno ni malo, sino moralmente indeterminado. Posee, sin embargo, una serie de capacidades innatas —como las emociones, la comprensión y el sentir hacia el otro.— que hacen posible el desarrollo de una moral.

Es el entorno, especialmente durante la infancia, el que provee los contenidos morales concretos mediante los cuales el individuo aprende a evaluar sus propias acciones y las de los demás. La infancia, al ser una etapa prolongada y formativa, resulta decisiva en el desarrollo moral del ser humano. De este modo, la moral no constituye un rasgo fijo de la naturaleza humana, sino una construcción influida por factores externos, lo que explica tanto la diversidad moral existente como la necesidad de establecer principios mínimos comunes que hagan posible la convivencia humana.

Sin embargo, sería incorrecto interpretar estas posturas (Rousseau y Hobbes) como explicaciones filosóficas orientadas a la evolución o a la biología del ser humano y de su moral. En realidad, se trata principalmente de críticas al orden social, centradas en problemáticas como la desigualdad, el poder y la organización de la sociedad.

En este sentido, ninguno de estos autores se propone construir una teoría biológica de la moral en sí misma, sino que ambos recurren a modelos hipotéticos con el fin de justificar determinadas posiciones políticas y concepciones del orden social.

De este modo, el cierre de esta dicotomía puede formularse de la siguiente manera: antes de responder de forma definitiva a la pregunta planteada, resulta necesario enfatizar la siguiente afirmación: «El ser humano presenta una infancia prolongada y un alto grado de dependencia, lo que exige cuidado, protección y una formación moral adecuada desde edades tempranas».

Este punto es de suma importancia, ya que la infancia constituye el período fundamental en el que el individuo internaliza normas, valores y formas de

convivencia que lo acompañarán a lo largo de su vida.

Una formación moral deficiente durante esta etapa puede derivar en conflictos posteriores, ya sea en la convivencia con otros o en la relación consigo mismo, no como resultado de una maldad innata, sino como consecuencia de un aprendizaje inadecuado o insuficiente para el desarrollo de la moral.

En este sentido, cobra pleno significado la frase: “es preferible prevenir antes que lamentar”.

Este ensayo busca explorar cómo nacen muchas de las conductas humanas que condicionan nuestra libertad moral, nuestra convivencia y nuestra forma de sentir, representándolas como “maldiciones” dentro de un mundo útopico.

El ser humano libre está extinto

En un mundo utópico existían diversas regiones con peculiaridades propias:

distintos tipos de vegetación, frutos y animales, así como variaciones en los ciclos de luz solar; es decir, diferentes formas en las que se presentaba el tiempo y clima.

Lo único que compartían los seres que habitaban este planeta era un idioma común y las mismas necesidades básicas propias de todo ser vivo.

En este mundo no existía la palabra “Dios”, ni tampoco jerarquías o autoridades de ningún tipo. Los habitantes de este planeta se llamaban Dorianos y eran incapaces de experimentar emociones dirigidas hacia otros miembros de su especie: no sentían apego, empatía ni rechazo hacia los demás, aunque sí poseían conciencia de sí mismos y la capacidad de percibir su entorno.

Lo único que sí existía era el conocimiento transmitido por el Primer Doriano de este planeta, cuya edad alcanzaba los 2052 años. Este Doriano, el más longevo y sabio entre los suyos, solía ser escuchado porque alzaba la voz cada vez que los demás se cruzaban con él. Y siempre repetía la misma historia, relatándola de la siguiente manera:

“He visto cómo esos seres de extremidades largas se volvieron caóticos. Expulsaban agua por sus ojos mientras destruían todo a su alrededor; recurrían a formas atroces para acabar con la vida de los demás e incluso con la propia. Algunos parecían completamente perdidos, como si no supieran quiénes eran ni dónde se encontraban. Otros, rodeados de excesos de oro y papeles de colores, escapaban en enormes naves hacia la órbita de este mismo planeta. Muchos se arrodillaban llorando, gritando al cielo, como si esperaran que alguien desde allí los escuchara y les responda.

Eran seres que parecían llamarse entre ellos de distintas maneras, pero aun así muchos parecían perdidos sobre lo que realmente eran. Cumplían funciones, seguían creencias y obedecían símbolos, pero continuaban viviendo como si buscaran algo que nunca lograban encontrar."

Cada vez que el Primer Doriano terminaba de relatar sus recuerdos, nadie formulaba preguntas ni se detenía a reflexionar; simplemente se dispersaban y continuaban su camino.

Los dorianos adultos cazaban y cosechaban su propio alimento. No existían tiendas, comercio ni formas de acumulación: cada individuo obtenía directamente de su entorno aquello que necesitaba para sobrevivir.

Nadie compraba, robaba o dependía del esfuerzo ajeno para satisfacer sus necesidades básicas.

Los dorianos comprendían con claridad sus propias necesidades y las de los demás. No existían dorianos ricos ni pobres, ya que vivían únicamente para satisfacer sus necesidades básicas y no para acumular. Cada doriano cazaba cuando lo necesitaba, cosechaba según las condiciones de su entorno y se reproducía de acuerdo con sus impulsos.

Con el tiempo, algunos de estos actos comenzaron a repetirse, ya que los dorianos más jóvenes aprendían de sus predecesores al observar la efectividad de ciertas prácticas.

El Primer Doriano advirtió este fenómeno y afirmó que había nacido la

primera maldición humana, a la que llamó “la costumbre”.

Entonces dijo: "Repiten para no pensar, conservan para no decidir y traducen la experiencia en tradición".

Ningún doriano pareció advertirlo, pues ninguno cuestionaba aquello que hacía. La libertad seguía intacta: nadie ordenaba y nadie obedecía. Sin embargo, el presente ya no era nuevo.

En las distintas regiones de este planeta existían métodos diferentes de caza y cosecha, producto de las variaciones en los biomas, los animales, los frutos e incluso en el tiempo de luz solar. Cada región estabilizó, sin advertirlo, su forma de sobrevivir, y esas técnicas se convirtieron en “las de aquí”. Nadie las impuso: simplemente eran las más efectivas según cada entorno.

Hubo un momento en que un doriano de cierta región viajó hacia tierras desconocidas y observó formas distintas de cazar y cosechar. Intentó sobrevivir allí del mismo modo en que lo hacía en su propio entorno, pero no obtuvo resultados: las presas escapaban de sus manos y la tierra no respondía a aquello que intentaba cultivar.

Entonces comprendió que aquel lugar no seguía las mismas formas de vida que conocía. Observó cómo los dorianos de esa región cazaban de manera diferente y obtenían de la tierra frutos y vegetales desconocidos para él. No sentía rechazo hacia esas prácticas, pero tampoco podía hacerlas propias.

Con el paso de los días y el hambre creciendo dentro de él, decidió regresar a

su región de origen.

Y fue entonces cuando comprendió algo que jamás había cuestionado: el entorno donde había crecido no solo le había enseñado a sobrevivir, sino también la única manera que conocía de hacerlo.

El Primer Doriano advirtió estas diferencias y las denominó la Segunda Maldición Humana, a la que llamó “la identidad”. Entonces dijo:

“Mientras todos vivían distinto, aún eran iguales. Pero cuando comenzaron a parecerse entre sí, dejaron de serlo.”

Poco a poco, los dorianos dejaron de viajar entre regiones. No por miedo ni por rechazo, sino por la comodidad de permanecer en el lugar donde cada doriano conocía cómo vivir.

Con el paso del tiempo, comenzaron a reunirse entre aquellos que compartían las mismas formas de cazar, dormir, cosechar y sobrevivir. Sin comprenderlo, acababan de dar origen a algo que más tarde condicionaría profundamente a su especie: las primeras comunidades.

Estas comunidades, como su propio nombre lo sugiere, nacían de aquello que los dorianos compartían entre sí: las maneras de cazar y cosechar, el territorio donde sobrevivían y la forma en que organizaban el tiempo y sus actividades diarias. Poco a poco, comenzaron a vivir rodeados de quienes se parecían a ellos, encontrando comodidad en lo conocido y permanencia en la repetición.

El único doriano que jamás perteneció a ninguna comunidad fue el Primer Doriano. Afirmaba conocer el destino de aquellos seres de extremidades largas y asociaba sus comportamientos con la cercanía de un final inevitable.

Por esa razón, eligió mantenerse alejado de toda forma de pertenencia. Rechazaba la comodidad de la repetición y evitaba adoptar las costumbres de cualquier región, viviendo de manera austera, como si intentara conservar algo que el resto de su especie estaba comenzando a perder silenciosamente.

En este sentido, el Primer Doriano recordaba a la figura de Diógenes de Atenas: un observador crítico de la sociedad, que rechazaba las convenciones y exponía, a través de su modo de vivir, las contradicciones de la vida comunitaria.

Así fue como, sin advertirlo, nació en este planeta la comunidad. Este proceso ocurre cuando vivir sin pensar de manera independiente se vuelve más eficiente y seguro que vivir en libertad.

Con el paso del tiempo, los dorianos comenzaron a enseñar a las nuevas generaciones la manera de vivir propia de cada región. De este modo, la generación siguiente ya no necesitaba aprender de otras regiones del planeta; más aún, conocía únicamente la forma de vida de su propio entorno.

El Primer Doriano, al advertir este fenómeno, dijo lo siguiente:

“Ellos no se encierran entre sí; no existen muros físicos. Sin embargo, quien nace dentro ya no puede mirar más allá.”

Así, sin comprenderlo, los dorianos comenzaron a vivir rodeados de fronteras. No eran límites materiales ni visibles, sino barreras construidas a partir de la costumbre, la comodidad y la pertenencia.

Esto ocurrió porque los doreanos ya no habitaban una región únicamente para sobrevivir, sino un lugar al que sentían pertenecer. Sin necesidad de imponer reglas o pronunciar palabras, comenzaron a vivir bajo pensamientos como:

“Aquí sabemos sobrevivir.”

“Aquí entendemos esta tierra.”

“Aquí no necesitamos cambiar.”

“Aquí estamos seguros.”

Solo el Primer Doriano comprendió la profundidad de este cambio y lo denominó la Tercera Maldición Humana: “las fronteras”.

Un día, un doriano joven salió a cazar por primera vez. Buscó alimento en zonas alejadas, pues sabía que cuanto más distante se estuviera de la comunidad, menos debilitada se encontraba la naturaleza. Tras perseguir a una presa durante más de una hora, se encontró con el Primer Doriano, quien hablaba en voz alta hacia la nada, como solía hacerlo.

El Joven doriano advirtió que el Primer Doriano llevaba consigo abundante comida y agua almacenadas. Entonces dejó de cazar y comenzó a comer y a

beber. Al verlo, el Primer Doriano se acercó para hablarle y compartirle algunos de sus recuerdos.

Dijo entonces: "Ningún ser de este planeta es verdaderamente nuevo, porque incluso lo recién creado vive cargando las memorias y los rasgos de aquello que ya fue creado". Con estas palabras, el Primer Doriano hacía referencia a la Primera Maldición: la costumbre.

Luego agregó: "Morirás siendo una víctima de lo antiguo y de la repetición, pues todo aquel que crece y vive dentro de una región junto a su comunidad ya ha sido moldeado en todos sus sentidos".

Después de permanecer durante mucho tiempo junto al Primer Doriano, el joven decidió regresar a su región. Mientras se alejaba lentamente, la voz del anciano aún alcanzaba a acompañarlo entre la distancia y el silencio. Entonces dijo:

“Aquel que llegue a observar con verdadera atención la forma en que transcurre su vida dentro de su región y de su comunidad jamás volverá a verla de la misma manera. Comenzará a cuestionar aquello que los demás aceptan sin pensar, buscará respuestas dentro de su propia mente y, poco a poco, empezará a vivir distinto a los otros.

Y cuando eso ocurra, los suyos comenzarán a verlo como un doriano roto.

Pero el verdadero castigo no vendrá de la comunidad ni del rechazo de los demás, sino de su propia conciencia. Porque una mente que aprende a cuestionarlo todo difícilmente vuelve a encontrar descanso.

Y es allí donde muchos terminan perdiéndose a sí mismos.”

Entonces, el Joven doriano emprendió un largo viaje en busca de la región en la que había nacido. Fueron días de caminata en soledad, sin saber con certeza dónde se encontraba. En su mente se repetían, como un eco persistente, las palabras del Primer Doriano, pues durante un largo tiempo no había escuchado la voz de ningún otro.

Finalmente, tras varios días de travesía, logró divisar a miembros de su especie a lo lejos. Sin embargo, pronto advirtió que no se trataba de la región en la que se había criado, sino de otra distinta. El hambre y la sed comenzaban a debilitarlo, por lo que decidió adentrarse en aquella comunidad desconocida.

El Joven doriano nunca había aprendido verdaderamente a cazar, y menos aún en un entorno diferente, con otro bioma y otros animales. Las técnicas que conocía no le servían allí.

Ante la urgencia del hambre y la sed, el Joven Doriano tuvo que tomar una decisión rápida. Y eligió aquello que exigía menos esfuerzo inmediato: tomar la comida que otros habían conseguido.

Al principio, los dorianos de aquella comunidad no parecían reaccionar ante su comportamiento. Observaban cómo se alimentaba de aquello que no había cazado ni cosechado, pero ninguno mostraba rechazo o incomodidad. Sin embargo, con el paso del tiempo, comenzaron a advertir algo distinto: el Joven doriano ni siquiera intentaba aprender las formas de supervivencia de aquella

región.

Mientras los demás dedicaban su tiempo a perseguir presas, reconocer los ciclos de la tierra y obtener alimento de su entorno, él parecía haber encontrado comodidad en depender del esfuerzo ajeno.

Con el tiempo, algunos dorianos empezaron a reconocerlo incluso antes de que se acercara. Hubo quienes escondían su alimento y su agua al verlo pasar cerca. Y aunque ninguno comprendía exactamente lo que estaba ocurriendo, algo nuevo había comenzado a surgir silenciosamente entre ellos.

Por primera vez, conservar aquello conseguido con esfuerzo comenzaba a sentirse necesario. Porque aquel a quien le arrebataban su alimento debía regresar nuevamente a la tierra y a la caza para sobrevivir una vez más.

Así nació una nueva acción dentro de la especie: cuidar y proteger el propio alimento. El Primer Doriano, al advertir este cambio, la llamó la Cuarta Maldición Humana, a la que denominó “la apropiación”.

Mientras el Joven doriano vagaba por la región, la comunidad protegía cada vez más aquello que consideraba suyo. Preferían no mirarlo ni hablarle. Como consecuencia, el Joven doriano ya no lograba alimentarse con facilidad.

En realidad, no comprendía del todo lo que estaba ocurriendo. Solo sentía la presión creciente del hambre y la sed. Intentó entonces cazar y cosechar por sí mismo, pero sus esfuerzos no dieron buenos resultados.

En una ocasión, en un intento desesperado por no morir de hambre, trató de arrebatar una presa recién herida por un cazador, aprovechando el momento exacto en que este la había debilitado.

Fue entonces cuando ocurrió algo inusual para esta especie: el doriano cazador lo reconoció y, decidido a no compartir su presa, realizó una acción inédita. Levantó su lanza y amenazó al Joven doriano, apuntándole como si fuera una presa más o un depredador de la naturaleza.

Entonces, el Joven doriano retrocedió y se alejó. Tal vez aquella amenaza había provocado una reacción nueva en él: el miedo.

Incapaz de arrebatar presas recién heridas a los cazadores adultos, comenzó a dirigirse hacia zonas donde se encontraban dorinos más jóvenes, que no podían oponer la misma resistencia. Buscaba el lugar donde la defensa era menor.

La comunidad, agotada de ver cómo se les arrebataba el alimento a sus hijos, tomó una decisión inédita: capturar al Joven doriano como si fuera una presa más. De hecho, utilizaron las mismas técnicas que empleaban para cazar animales.

El Joven doriano no comprendía lo que estaba ocurriendo. En su mente solo existía una urgencia: alimentarse para sobrevivir. Nada había sido declarado bueno o malo; ninguna norma explícita le indicaba que su conducta fuera incorrecta. Sin embargo, sin que nadie lo pronunciara, la comunidad comenzó a tratarlo como si encarnara algo que debía ser contenido.

Lo ataron y lo mantuvieron inmovilizado durante largos ciclos de luz y oscuridad. Incapaz de moverse, el Joven doriano permanecía tendido mientras la comunidad continuaba su vida alrededor de él, observándolo como si se tratara de algo ajeno a los suyos.

Hubo un momento en que un doriano más joven se acercó y le arrojó pequeños restos de comida para que sobreviviera. Después, otros comenzaron a imitar aquella acción. Pero con el paso del tiempo, aquello dejó de ser alimento entregado por necesidad y comenzó a transformarse en otra cosa.

Algunos ya no le arrojaban restos para alimentarlo, sino desperdicios y desechos. Más tarde, incluso heces de animales.

Y así, sin comprender realmente lo que hacían, comenzaron a tratarlo menos como a un miembro de su especie y más como a algo que debía permanecer apartado de la comunidad.

El Primer Doriano observó todo aquello y lo nombró la Quinta Maldición Humana, a la que llamó “la violencia”.

Luego de permanecer atado durante largos ciclos de luz y oscuridad, el Joven doriano, abrumado y completamente descompensado, comenzó a forcejear desesperadamente contra aquello que lo inmovilizaba. Sus movimientos ya no parecían guiados únicamente por la necesidad de escapar, sino por algo más profundo y desconocido para su especie.

Y finalmente logró soltarse.

Corrió hacia la vegetación con una velocidad descontrolada, alejándose de la comunidad sin mirar atrás. Aquel miedo que una vez había sentido frente a un solo cazador ahora parecía haberse transformado en temor hacia toda una comunidad.

Después de huir de aquella región, vagó durante largos ciclos por la naturaleza, sin dirección y completamente desorientado. Atravesaba distintos territorios como si ya no reconociera ningún lugar como propio.

Probablemente, todos los acontecimientos que había vivido habían dejado algo dentro de él que ya no podía desaparecer. Algo que continuaba persiguiéndolo incluso cuando el peligro había quedado atrás.

Luego de una larga caminata, el Joven doriano logró divisar lo que parecía ser una fogata junto a comida almacenada. Todo indicaba que alguien se estaba quedando allí temporalmente. Sin embargo, el Joven doriano ya no pensaba en otra cosa más que en comer y beber, por lo que se dirigió rápidamente hacia el lugar para devorar todo lo que pudiera.

Mientras comía desesperadamente, escuchó cómo la vegetación de los alrededores comenzaba a moverse. Poco después, oyó unas pisadas acercándose. Por un instante, el Joven doriano se sobresaltó y su cuerpo reaccionó de inmediato, preparándose para huir.

Pero entonces escuchó una voz.

Una voz que le resultaba conocida.

Y aquella voz ya no le provocó miedo, sino algo completamente distinto: tranquilidad y emoción. El Joven doriano asociaba esa voz con alguien que lo había mantenido con vida durante un largo tiempo; aquel que lo alimentó, el único que le habló como a uno más, la interacción más extensa que había tenido con otro doriano y, sobre todo, el único que jamás le había hecho daño.

Esta voz era la del Primer Doriano, hablando solo como siempre y contando una de sus tantas historias. El Joven doriano, mientras come, llora y tiembla de la emoción al verlo.

El Primer Doriano se queda mirando, como si entendiera el estado en el que se encuentra el Joven doriano; además, había visto todo. El Joven doriano trae al Primer Doriano junto a la fogata donde él comía y le comparte de su comida, a pesar de que estaba hambriento.

El Primer Doriano reacciona con calma ante la situacion en la que ve al Joven doriano, como sabiendo que algo similar podía suceder, pues él ya había dicho ver estas conductas en los humanos y sus maldiciones. De hecho, se alegra al saber que sus recuerdos y muchas de sus profecías no eran en vano, pues muchas de ellas ya se hicieron realidad en este planeta primitivo.

Luego de este encuentro, el Primer Doriano observó durante largo tiempo al Joven doriano y comprendió que ya no era el mismo que había encontrado por primera vez.

Había en él una alteración silenciosa, una transformación que no necesitaba

palabras para hacerse evidente.

Comía con prisa, como si la posibilidad de perder lo que tenía fuera inmediata e inevitable.

Su cuerpo temblaba sin causa visible, y su mirada, inquieta, recorría constantemente el entorno, como si el peligro habitara en todas partes.

Incluso ante la presencia del Primer Doriano, aquel que nunca le había causado daño, reaccionaba con sobresalto, preparándose para huir, como si la confianza hubiera sido borrada de su naturaleza.

El Primer Doriano observa todo esto y lo llamó la Sexta Maldición Humana, apodada “los recuerdos”, y dijo a continuación: "Nada persigue más que los recuerdos. Aún cuando todo parece terminar, ellos continúan".

El Primer Doriano continuó contando sus historias mientras el Joven doriano comía y bebía. Luego de varios dias de ciclos de luz y descanso, el Primer Doriano siguió su camino en busca de más regiones, mientras era seguido por el Joven doriano a unos metros detrás de él.

El Primer Doriano logra avistar una nueva región y decide dirigirse hacia ella, sin saber que ese lugar corresponde a la región en la que el Joven doriano había nacido y crecido antes de extraviarse.

Al ingresar, algunos miembros de la comunidad comienzan a observar al

Joven doriano con mayor atención, como si reconocieran en él a alguien que alguna vez formó parte de ese mismo entorno. Sin embargo, el Joven doriano no parece reconocer a ninguno de ellos, ni manifiesta reacción alguna ante su presencia.

Por el contrario, se mantiene cerca del Primer Doriano, casi como si buscara resguardo en él. Sus movimientos son cautelosos, su mirada recorre constantemente el entorno y su cuerpo permanece en un estado de tensión, como si percibiera un peligro que no logra identificar con claridad.

Algunos dorianos de la comunidad parecen esperar una reacción de su parte: que se acerque, que retome el contacto con los suyos, que vuelva a compartir las prácticas cotidianas, como comer junto a ellos o participar en la caza. Pero nada de eso ocurre.

El Joven doriano no se aparta del Primer Doriano y permanece detrás de él, observando a la comunidad con desconfianza. No hay en él señales de reconocimiento ni de pertenencia, sino más bien una actitud de vigilancia constante, como si aquello que alguna vez fue su entorno y comunidad ahora le resultara ajeno o incluso amenazante.

Hubo un momento en el que un grupo de jóvenes dorianos de la comunidad, que se habían criado junto al Joven doriano, se acercaron a él para interactuar. Sin embargo, esto no generó más que una reacción negativa: el Joven doriano reaccionó de forma exagerada, se asustó, se colocó detrás del Primer Doriano y luego comenzó a gritar hacia los jóvenes. Todo esto fue observado por la comunidad.

Con el paso del tiempo, la comunidad empezó a mirarlo de forma extraña

debido a su comportamiento hacia su propia comunidad. Ellos lo reconocían, pero él no a ellos. Mientras tanto, como era habitual, la gente se reunía para escuchar al Primer Doriano contar sus historias y anécdotas. Pero estas reuniones provocaban en el Joven doriano un estado de miedo y exaltación, evidenciando que realmente no se sentia bien alli.

El Primer Doriano dice lo siguiente: "Aquel que no sigue el ritmo del montón será visto siempre con rareza, sea este alguien bueno o malo; lo tratarán diferente".

Con el paso del tiempo, el Joven doriano se movía por la región de forma desordenada. Dormía cuando otros ya estaban despiertos y se mantenía despierto mientras todos dormían. Gritaba en lugares donde otros dorianos intentaban cazar.

Llegó un punto en el que los dorianos de la comunidad cambiaban sus recorridos para no cruzarse con él. Algunos lo ahuyentaban porque le quitaba el alimento a los más jóvenes o porque, en ocasiones, molestaba cuando otros intentaban cazar.

Con el paso del tiempo, incluso el Primer Doriano comenzó a tomar distancia del Joven doriano. Necesitaba hacerlo para poder comer y beber con tranquilidad, ya que los demás evitaban acercarse mientras el joven estuviera presente.

Durante varios días lo observó con atención, hasta que dejó de ver en él a un joven perdido y reconoció solo a uno marcado.

Entonces comprendió que ya no podía seguir a su lado. El Joven doriano ya no aprendía, y él ya no podía continuar relatando sus historias.

Poco a poco, comenzó a alejarse.

Un día, sin más, dejó de estar.

Sabía que dejaba atrás a aquel al que había alimentado,

al que había escuchado,

al que lo había conocido en su estado natural…

y al que había sido transformado por las maldiciones humanas.

Y aun así, continuó.

Pero, a medida que avanzaba, algo comenzó a alterarse.

Ya no recordaba con claridad como antes.

No era una historia.

No era una observación.

Aquello que molestaba era otra cosa.

Algo que dolía.

Y entonces, sin advertirlo, el Primer Doriano dejó de ser únicamente quien observa.

Sin saberlo, el Primer Doriano estaba atravesando la Séptima Maldición humana: el “sentir”. Y con ella, el fin de todo ser libre.

Hablemos un poco de las maldiciones...

El término "maldicion" se utiliza como una forma de describir ciertos procesos que afectan la moral y la libertad del ser humano a lo largo de su vida, desde su nacimiento hasta su desarrollo dentro de una sociedad.

La “costumbre” como primera maldición

La costumbre puede entenderse como el primer punto de transformación dentro de una sociedad. Surge, en principio, a partir de lo individual: una

acción que resulta efectiva es observada por otros y, con el tiempo, comienza a repetirse.

Este proceso de repetición no nace del azar, sino de la necesidad. Aquello que permite sobrevivir, facilitar la vida o evitar el sufrimiento tiende a conservarse con el paso del tiempo. Sin embargo, existe un momento en el que una práctica deja de realizarse por decisión consciente y comienza a repetirse de manera automática, casi inconsciente. Es allí donde nace la costumbre.

Y aunque la costumbre otorga estabilidad y continuidad a una comunidad, también comienza a limitar lentamente la aparición de nuevas formas de vivir. El individuo deja de descubrir por sí mismo y empieza a recorrer caminos ya trazados por otros.

De esta manera, la costumbre no solo marca el inicio de una vida compartida, sino también el comienzo silencioso de los límites impuestos a lo nuevo.

¿Por que es considerada como "maldición humana" en el mundo doriano?

En el mundo Doriano, este fenómeno representa una “maldición” porque introduce un cambio fundamental: los individuos dejan de decidir activamente cómo actuar y comienzan a reproducir comportamientos ya establecidos. Lo que en un principio era una respuesta pensada y libre ante una necesidad se transforma en una norma implícita y automática.

De este modo, la costumbre no solo organiza la moral de una región, sino también la forma en que se vive dentro de ella. Aquello que en un principio surgió para facilitar la supervivencia termina convirtiéndose en una manera estable de vivir, difícil de cuestionar y aún más difícil de abandonar una vez que ya se encuentra arraigada en una región.

Cuando múltiples costumbres se consolidan dentro de una comunidad, nace algo todavía más profundo: la tradición. Las prácticas dejan de repetirse únicamente por utilidad y comienzan a conservarse porque representan la manera en que una comunidad entiende su existencia.

Y es allí donde aparecen los primeros conflictos entre seres de una misma especie. Porque cuando distintas comunidades desarrollan costumbres y tradiciones diferentes, aquello que para unos resulta natural o correcto puede parecer extraño, incorrecto o incluso intolerable para otros.

Así, el rechazo hacia las formas de vida ajenas comienza a abrir paso al enfrentamiento. Y, en ocasiones, esos conflictos pueden terminar llevando a la destrucción parcial o total de una comunidad entera.

La "identidad" como segunda maldición

A partir de las costumbres y las tradiciones comienza a surgir algo todavía más profundo: la identidad. Cuando un grupo comparte las mismas formas de vivir, actuar y comprender su entorno, termina formando, casi sin advertirlo, una manera común de existir.

De este modo, aquello que alguna vez fue una acción individual comienza a transformarse en un comportamiento compartido. Ya no es un solo Doriano quien actúa de determinada manera, sino varios que viven, sobreviven y comprenden el mundo de forma semejante.

Un doriano extraviado logra reconocer esa semejanza al observar las formas de cazar, de cosechar y de habitar la tierra en la que nació y creció. En esas prácticas encuentra algo familiar, una sensación de pertenencia que lo acerca nuevamente a los suyos.

Y es entonces cuando comienza a evitar lo desconocido. Regresa a aquellos lugares donde comprende cómo vivir y deja de interesarse por aprender las formas de otras regiones. Poco a poco, la comodidad de lo familiar empieza a imponerse sobre el descubrimiento de lo nuevo.

¿Por que es considerada una "maldición humana" en el mundo doriano?

Cuando surge una identidad básica, también surge una forma de ser, ya sea en un individuo o en un grupo. Aquí es donde comienza a amenazar la moral y la libertad en el Mundo doriano.

Se muestra que un doriano se siente identificado con una región, principalmente por la comodidad y las facilidades que esta le ofrece; es decir, por las costumbres que ha aprendido.

En el mundo real, esto ya es algo cotidiano, ya que desde que nacemos adoptamos una identidad, ya sea familiar o de cualquier entorno en el que nos criamos. Esto ocurre porque la familia también posee una identidad previamente establecida dentro de la sociedad. Si se piensa detenidamente, la mayoría de las costumbres que tenemos han sido aprendidas y adoptadas, no desarrolladas por nosotros mismos.

Un ejemplo claro de esto ocurre cuando una familia tiene raíces en otro país. Podemos observar cómo, casi siempre, mantiene sus costumbres familiares: diferentes comidas, tradiciones, formas de vestir, creencias religiosas e incluso maneras particulares de comunicarse.

Cuando se establece una identidad en una región, se forma una manera común de ser. Esto provoca que, cuando alguien intenta llevar sus propias costumbres a una región diferente, sea visto como distinto. Ante esto, muchas veces esa persona se ve obligada a adoptar las costumbres del lugar para poder “encajar”.

Existen numerosos ejemplos de esto en el mundo real, donde puede observarse el rechazo hacia determinadas prácticas de un grupo, ya sea por su religión, su cultura o su país de origen. Por ejemplo, tener varias esposas puede ser completamente aceptado en ciertas regiones, mientras que en otras se considera ilegal o inmoral. Del mismo modo, algunos animales son vistos como sagrados en determinadas culturas, mientras que en otras esos mismos animales forman parte habitual de la alimentación.

Esto demuestra que lo que una región considera correcto, otra puede rechazar completamente. De esta manera, la identidad no solo define cómo se vive, sino

también cómo se juzga a los demás.

Las “fronteras” como tercera maldición

Esta maldición va muy de la mano con la anterior, porque para que exista el termino "frontera" primero debe haber algo que separe, y en este caso es la identidad de cada grupo la que los separa.

Los dorianos enseñan a sus hijos y a los más jóvenes cómo vivir en la región en la que se encuentran, limitándolos de cierta manera, ya que estos encuentran facilidad en vivir y permanecer en un lugar donde todos comparten la misma forma de ser.

Sin embargo, este aprendizaje no es universal. Cada doriano aprende a sobrevivir únicamente en su propia región: cómo cazar, qué animales habitan el lugar, cuándo descansar y cuándo mantenerse activo. Por lo tanto, si un doriano se extravía o ingresa a una región desconocida, no sabrá cómo adaptarse a ese entorno ni a sus costumbres.

Con el paso del tiempo, los dorianos comenzaron a relacionarse cada vez menos entre regiones, porque sentían que el único lugar donde realmente comprendían cómo vivir era su propia comunidad. Poco a poco, la pertenencia comenzó a reemplazar al descubrimiento, y lo conocido empezó a resultar más valioso que aquello que era diferente.

Así nacieron pensamientos silenciosos que terminaron guiando la vida de cada comunidad:

“Aquí sabemos sobrevivir.”

Porque allí conocían el territorio, las formas de cazar, los ciclos de la tierra y todo aquello necesario para mantenerse con vida.

“Aquí entendemos esta tierra.”

Porque compartían costumbres, creencias, formas de convivir y maneras similares de interpretar el mundo que los rodeaba.

“Aquí no necesitamos cambiar.”

Porque abandonar una comunidad implicaba enfrentarse a formas distintas de vivir, pensar y actuar. Y muchas veces, la comodidad de lo familiar resulta más fuerte que el deseo de descubrir algo nuevo.

“Aquí estamos seguros.”

Porque la comunidad comenzó a brindar una sensación de protección y pertenencia semejante a la tranquilidad que produce estar rodeado de aquellos que resultan conocidos, en lugar de permanecer entre desconocidos.

Y así, lentamente, los dorianos comenzaron a encerrarse dentro de aquello que sentían propio, aun cuando no existiera ningún muro físico capaz de obligarlos a hacerlo.

Estas fronteras no eran materiales, sino mentales. Cada doriano aprendía a reconocer el lugar al que sentía pertenecer: aquel donde sus costumbres eran comprendidas, donde las formas de vivir le resultaban familiares y donde podía orientarse en el mundo sin esfuerzo ni incertidumbre.

¿Por que es considerada una "maldición humana" en el mundo doriano?

Es considerada una maldición porque, desde el momento en que surgen las fronteras, los dorianos dejan de percibir el mundo como un espacio abierto y comienzan a habitar únicamente aquello que les resulta familiar. Sin necesidad de cadenas ni muros visibles, quedan delimitados por la comodidad de pertenecer a un lugar y por el temor silencioso hacia lo desconocido.

De esta manera, las regiones dejan de ser simples territorios para convertirse en límites invisibles que condicionan la forma en que cada individuo vive, piensa y comprende el mundo. Y cuanto más fuerte es el sentido de pertenencia, más difícil se vuelve abandonar aquello que se conoce para descubrir algo diferente.

En el mundo real ocurre algo semejante. Desde el momento en que nacemos, somos introducidos dentro de una comunidad, una cultura y una manera

específica de interpretar la realidad. Aprendemos costumbres, creencias, formas de relacionarnos y modos de comprender aquello que nos rodea. Y, aunque muchas veces creemos que nuestras ideas son completamente propias, gran parte de lo que pensamos y sentimos ya ha sido moldeado previamente por el entorno en el que crecimos.

La moral que desarrollamos no surge de manera aislada. En gran medida, heredamos las formas de ver el mundo de quienes nos criaron, y estos, a su vez, también fueron moldeados por las costumbres, las creencias y las formas de vida de la comunidad a la que pertenecían. Así, cada generación transmite a la siguiente no solo conocimientos, sino también maneras de sentir, juzgar y comprender la existencia.

Es aquí donde cobra verdadero sentido la frase pronunciada por el Primer Doriano:

“Ningún ser de este planeta es verdaderamente nuevo, porque incluso lo recién creado vive cargando las memorias y los rasgos de aquello que ya fue creado.”

Porque el ser humano rara vez comienza desde cero. Incluso antes de comprender el mundo por sí mismo, ya se encuentra habitando ideas, valores y formas de vivir que existían mucho antes de su nacimiento.

Por esta razón surge el concepto de “fronteras” en este mundo, no como muros físicos capaces de separar cuerpos, sino como límites psicológicos capaces de moldear la mente de los individuos. Son fronteras invisibles, construidas a partir de ideas, costumbres y morales ya establecidas por cada comunidad.

Quien nace dentro de una de estas comunidades aprende a ver el mundo desde una única perspectiva, aceptando como naturales las formas de vivir, pensar y sentir que lo rodean desde la infancia. Y, con el paso del tiempo, aquello que le fue enseñado deja de percibirse como una posibilidad entre muchas y comienza a sentirse como la única forma correcta de existir.

Es entonces cuando el individuo empieza a sentirse parte de su comunidad. La defiende, la justifica y lucha por ella, muchas veces sin cuestionarla, porque en esa pertenencia encuentra identidad, seguridad y sentido.

Y así, las fronteras más difíciles de atravesar dejan de ser las del territorio y pasan a ser aquellas que existen dentro de la propia mente.

La "apropiacion" como cuarta maldición

La cuarta maldición como la creación de lo propio.

Cuando un Joven doriano, no proveniente de la región, comienza a arrebatar cosas conseguidas con esfuerzo por otros, es cuando nace la “apropiación” como maldición.

El Joven doriano ni siquiera intenta aprender a cazar o a cosechar en la nueva región, lo que lo lleva al hambre y a la sed. Ante esto, opta por arrebatar a

otros para poder sobrevivir.

En un mundo donde no importaba tomar de otros para satisfacer las necesidades básicas, se pasa a uno en el que lo básico comienza a ser protegido. La razón es la presencia de un desconocido que hace que el esfuerzo de los demás parezca en vano.

Los dorianos comienzan a evitarlo e incluso a ahuyentarlo, de la misma manera en que lo harían con un animal.

¿Por qué es considerada una “maldición humana” en el mundo doriano?

Cuando surge la apropiación de lo básico, se inhibe un componente fundamental de la convivencia: el compartir, el dar cuando otro lo necesita y el querer estar con el otro para convivir.

Lo que antes era parte del entorno y podía ser utilizado por cualquiera, ahora comienza a verse como algo propio que debe ser protegido. De esta manera, los dorianos empiezan a separar lo que es de cada uno y a desconfiar de quienes puedan arrebatárselo.

A causa de esta apropiación también pueden surgir la violencia y el miedo. Como se observa en el mundo doriano, un doriano, para proteger aquello que había cazado, amenaza con una lanza a otro para provocarle el mismo miedo

que sentiría una presa.

No hace falta recurrir a ejemplos específicos para comprender cómo esta maldición se manifiesta en el mundo real. Basta con observar la propia sociedad humana para reconocer cómo el miedo, la inseguridad y la violencia aparecen allí donde los individuos comienzan a proteger aquello que consideran suyo o a desconfiar de quienes perciben como una amenaza.

Es precisamente a partir de esta maldición que comienzan a surgir conceptos profundamente humanos como el miedo, la inseguridad, las pertenencias, el castigo, la exclusión y la necesidad de defender lo propio.

Porque cuando algo pasa a sentirse como “mío”, también nace el temor a perderlo. Y junto a ese temor aparecen nuevas formas de actuar: la desconfianza hacia el otro, la necesidad de protegerse y, en ocasiones, incluso la violencia como medio para conservar aquello que se considera propio.

La "violencia" como quinta maldición.

La quinta maldición como una reacción desencadenada.

La violencia no nace porque los dorianos fueran malos por naturaleza, sino como una reacción provocada por un comportamiento que alteraba la convivencia de la comunidad.

Los dorianos no poseían reglas ni una idea consciente de lo que estaba bien o mal. Sin embargo, la maldición de la apropiación los llevó a proteger aquello que consideraban suyo.

Cuando el Joven doriano comenzó a arrebatar alimento y a romper la tranquilidad de la región, dejó de ser visto como alguien con quien convivir y pasó a ser tratado como una amenaza.

Los dorianos actuaron con él de la misma manera en que inmovilizaban animales, porque era la única forma de sometimiento que conocían. Nunca antes habían tenido que controlar o castigar a uno de los suyos.

¿Por qué es considerada una “maldición humana” en el mundo doriano?

Es considerada una maldición porque, cuando aparece esta forma de actuar, también surgen el sometimiento, el dolor y el miedo dentro de la convivencia entre dorianos.

El mundo doriano pasa de ser uno basado en la convivencia y la comunidad a uno donde comienza a fomentarse el rechazo hacia aquellos considerados no funcionales o diferentes. Estas formas de castigo terminan viéndose como algo efectivo para la comunidad y, por esa razón, comienzan a repetirse.

Sin embargo, esta no es la mejor manera de reintroducir a un doriano roto

dentro de la comunidad. En lugar de ayudarlo a convivir nuevamente, la violencia puede terminar formando en él odio hacia los de su propia especie, además de traumas, miedo y secuelas psicológicas.

De esta manera, el problema puede llegar a ser controlado momentáneamente, pero no curado. El doriano roto no deja de sufrir; simplemente aprende a vivir con sentimientos de rechazo, venganza, depresión o incluso locura por no poder encajar dentro de la comunidad.

Todo esto no hace más que empeorar el estado del doriano, generando en él sentimientos de culpa, rechazo y una constante sensación de no encajar dentro de una comunidad. En el caso del Joven doriano, el miedo hacia los suyos terminó alterando completamente su manera de actuar; incluso comenzó a recurrir a la violencia física y verbal contra la propia comunidad.

En el mundo real pueden observarse situaciones semejantes. Cuando un individuo no sigue las reglas establecidas o perjudica la convivencia y el orden dentro de una comunidad, suele ser reprimido, aislado o encerrado; y, en ocasiones, incluso humillado, linchado o ejecutado por otros miembros de la sociedad. Sin embargo, esta suele ser una de las maneras menos eficientes de enfrentar estas anomalías sociales, porque el castigo puede contener temporalmente el problema, pero difícilmente logra comprenderlo o corregir aquello que lo originó.

Todo nace en el entorno. El individuo no nace siendo bueno ni malo, sino que es moldeado por su entorno familiar y, a su vez, por la moral establecida dentro de la comunidad en la que crece. Por ello, cuando un individuo falla moralmente, quizás el problema no pertenezca únicamente a él, sino también al entorno que contribuyó a formarlo.

Podría resumirse de la siguiente manera: una mala situación dentro de la sociedad termina generando una moral deteriorada; esa moral deteriorada se transmite a las familias, y las familias, a su vez, terminan formando individuos que reproducen aquello que aprendieron de su entorno.

Los “recuerdos” como sexta maldición.

La violencia no termina únicamente en el momento del castigo. Aunque el dolor físico pueda desaparecer, sus consecuencias permanecen dentro del individuo.

Es aquí donde nace la sexta maldición en el Mundo doriano: cuando el Joven doriano deja de reaccionar únicamente al presente y comienza a vivir condicionado por aquello que ya experimentó.

El miedo, la violencia y el rechazo permanecen dentro de él incluso cuando ya no se encuentra en un peligro inmediato.

De esta manera nacen los recuerdos como maldición: experiencias que continúan persiguiendo al individuo aun después de haber terminado.

El Joven doriano ya no actúa solamente por necesidad, sino también por temor a volver a sufrir aquello que su mente todavía conserva.

¿Por qué es considerada una “maldición” en el mundo doriano?

“Aun cuando todo parece terminar, ellos continúan”.

Es considerada una maldición porque los recuerdos continúan afectando al individuo incluso después de que el sufrimiento haya terminado. No es algo que pueda curarse como una enfermedad o una herida física. Los recuerdos permanecen.

Los seres humanos son profundamente emocionales. Gran parte de nuestro actuar diario se encuentra condicionado por las emociones que sentimos. Cuando experimentamos emociones positivas, sentimos mayor motivación para actuar y convivir; pero cuando predominan emociones negativas, muchas veces aparece el rechazo, el miedo o la falta de voluntad.

Cuando un individuo atraviesa un hecho emocionalmente fuerte, como el rechazo, la violencia o incluso la pérdida de un ser querido, el dolor no desaparece simplemente con el tiempo. En muchos casos, no se cura: solo se aprende a vivir con él.

Esto es lo que ocurre con el Joven doriano. Aunque el castigo y la violencia hayan terminado, el miedo y el sufrimiento continúan presentes dentro de su mente. Los recuerdos alteran su manera de vivir, de reaccionar y de convivir con otros dorianos.

En este sentido, los recuerdos deben comprenderse como algo profundamente serio, porque toda acción realizada sobre otro individuo tiene la capacidad de dejar marcas emocionales que permanecen mucho después de que el momento haya terminado. Y cuando una emoción alcanza una intensidad suficiente, deja de pertenecer únicamente al presente y se transforma en un recuerdo capaz de acompañar al individuo durante toda su vida.

Cuando una persona es afectada de manera negativa, aquello puede dar origen a emociones dolorosas y recuerdos persistentes que terminan alterando su manera de actuar frente a los demás. Muchas veces, quien vive atravesado por el sufrimiento, el rechazo o la violencia termina reproduciendo ese mismo dolor sobre otros individuos de su entorno. Y así, el daño comienza a expandirse de manera sucesiva entre las personas.

Por esta razón, resulta necesario reflexionar sobre la manera en que actuamos hacia los demás, especialmente cuando nuestras propias emociones se encuentran dominadas por sentimientos negativos, el resentimiento o el dolor. Porque, al igual que una enfermedad capaz de propagarse, las emociones negativas también pueden transmitirse entre individuos, alterando lentamente la convivencia dentro de toda una comunidad.

Los “sentimientos” como séptima maldición

Aquel doriano que no quería encajar con los suyos, aquel que únicamente observaba cómo su especie se iba humanizando poco a poco, aquel que

intentó mantenerse alejado de las maldiciones humanas, terminó siendo afectado por la peor de todas: “el sentir”.

El Primer Doriano había visto el sufrimiento del Joven doriano, tanto físico como mental. Lo observó convertirse en un claro ejemplo de aquellas profecías que durante tanto tiempo había relatado. Sabía que el Joven Doriano estaba siendo marcado por las maldiciones humanas.

Sin embargo, al pasar tanto tiempo junto a él, alimentándolo, cuidándolo y guiándolo incluso hasta su propia región, comenzó a formarse silenciosamente un vínculo entre ambos.

Fue entonces cuando nació la séptima maldición humana.

El Primer Doriano comenzó a verse afectado emocionalmente por otro de su especie. Ya no podía recordar con la misma claridad, ya no lograba observar las maldiciones de la misma manera y sus pensamientos dejaron de ser completamente racionales para él.

De esta manera, el único doriano que había intentado mantenerse libre de las maldiciones humanas terminó convirtiéndose en uno más afectado por ellas.

¿Por qué es considerada una “maldición humana” en el mundo doriano?

Cuando el Primer Doriano crea un vínculo con el Joven doriano, aparece aquello que caracteriza profundamente a la humanidad: la capacidad de sentir por otro individuo.

Cuando nace el sentir, nace también aquello que terminará condicionando toda forma de sociedad. Porque gran parte de las estructuras que rigen la vida humana —las normas, las reglas, las religiones, la política e incluso la moral— no surgen únicamente de la razón, sino de emociones compartidas entre individuos.

El ser humano crea aquello que le produce seguridad, conserva aquello que le genera tranquilidad y rechaza aquello que le provoca miedo, dolor o incomodidad. Así, comunidades enteras terminan construyéndose alrededor de sentimientos compartidos que, con el paso del tiempo, se transforman en costumbres, creencias y formas de organización social.

Por esta razón, el sentir es considerado la última y la peor de las maldiciones humanas. Porque es desde el sentir que puede surgir tanto lo mejor como lo peor de la existencia humana.

Del sentir nacen el amor, la empatía y el deseo de proteger al otro; pero también el odio, el rechazo, la violencia y la necesidad de destruir aquello que se percibe como una amenaza. Y es precisamente esa dualidad la que convierte al sentir en la fuerza más poderosa y peligrosa para la humanidad.

Así es como nace gran parte de la moral sobre aquello que nos rodea. Los humanos suelen juzgar lo bueno y lo malo a partir de aquello que les hace

sentir una acción, una persona o incluso una idea.

De la misma manera, cuando muchas personas comparten un mismo sentimiento frente a una acción, comienza a formarse una moral compartida dentro de la comunidad.

Un ejemplo de cuando esto sucede es cuando una comunidad siente rechazo hacia la corrupción, la violencia o ciertas conductas que considera dañinas. Aquello que una comunidad teme durante demasiado tiempo termina convirtiéndose en prohibición.

Así, el sentir termina guiando no solo al individuo, sino también a comunidades enteras. Y es precisamente por eso que el Primer Doriano consideró al sentir como la peor de las maldiciones humanas: porque de ella nacen tanto las mayores virtudes del humano como también sus peores formas de sufrimiento.

El sentir lo es todo para el humano. En muchos sentidos, el humano sigue existiendo porque siente.

El Primer Doriano llamó “maldiciones” a todas aquellas cosas que limitaban la libertad de su especie, y siempre trató de evitarlas para no caer en ellas, perder su libertad y condicionar su moral a la de los demás.

Pero, al final, incluso él terminó siendo alcanzado por ellas.

Tal vez todo aquel que consiga reconocer estas "maldiciones humanas" termine viendo el mundo con los mismos ojos del Primer doriano.

Mientras más rodeado se encuentra un individuo por su comunidad, más termina siendo alcanzado por las maldiciones que nacen de ella. Y quizás lo único que realmente puede conservar bajo su control sea la forma en que decide sentir frente al mundo y frente a los demás.

Porque cuando te sumergues en la comunidad, tambien te estas sumerguiendo en todas las "maldiciones", y lo unico que puedes tener en tu control es el de tu sentir hacia ti mismo y hacia los demas.

Toda sociedad humana ha vivido atrapada entre dos deseos imposibles: el de convivir con otros y el de permanecer completamente libres.

Deseamos ser libres, pero eso es imposible mientras estemos condicionados por las distintas morales que influyen en nuestro día a día. No estamos cansados de sentir; estamos cansados de tener que vivir con el sentir de los demás.

Tal vez por eso los seres humanos buscan constantemente escapar hacia lugares donde la naturaleza todavía existe lejos de las comunidades y de sus conflictos. Porque es allí donde el individuo siente, aunque sea por un instante, una libertad más auténtica.

Nos volvemos más Dorianos.

ESCRITO POR: VALENTIN GABRIEL OBANDO.